

Relaciones entre la etnoliteratura y la narrativa latinoamericana: a la búsqueda de los orígenes*

Laura Lee Crumley
Universidad del Valle

EL MUNDO HA sido creado y destruido en sucesivas ocasiones: por el agua, por la oscuridad que devoró el sol, por la lluvia de fuego que convirtió a todos los seres en mariposas, y por el viento que arrasó todo. Vivimos en el quinto mundo, el quinto sol: el que es regido por el signo del movimiento.

El sol fue creado por el dios humilde que se lanzó al fuego primigenio, en un supremo acto de autosacrificio.

El ser humano fue moldeado y formado de maíz blanco y de maíz amarillo.

El jaguar asume forma humana y así rapta a las mujeres.

El colibrí guía a las tribus peregrinas hasta llevarlas a su tierra propicia.

El árbol de la vida tuvo que ser derribado para que el mundo tuviera agua fresca para beber.

Unas aves de plumaje negro volaron por el universo primordial dispersando luz y claridad por los picos.

El lenguaje tiene su origen en el cedro y en el alma de dios.

* Mopa Mopa No. 5. Revista del Instituto Andino de Artes Populares - IADAP. Pasto, 1990, p. 50- 57.

Una doncella con faldellín de serpientes barre el templo, quedando impregnada cuando recoge en su seno una preciosa pelotilla de plumas azules y verdes.

Unos hermanos gemelos, engendrados en una doncella por la saliva de una calavera colgada en un árbol, lograron vencer a los dueños del Infra-mundo.

Estos mismos gemelos se despedazaban y volvían a integrarse sin lastimarse. Con este espectáculo despertaron el interés de los Señores de Xibalbá, quienes rogaron que los despedazaran. Así hicieron, sin piedad, sin revivirlos, por supuesto.

El dios decapitado yace bajo tierra en algún lugar recóndito, recuperando poco a poco su cuerpo, como si tuviera raíces. Al unirse sus fragmentos volverá a integrarse su pueblo disperso.

Un héroe nace guerrero con todos sus atavíos y logra vencer, en el mismo instante de su nacimiento, a los cuatrocientos dioses del sur.

La noche existe porque un joven quiso seducir a una doncella. Sin embargo ella había rehusado hasta que él hiciera que se escondieran sol y luna, quienes hasta ese momento siempre estaban mirando.

El ser humano y todos los animales eran inmortales, hasta que un día un joven incauto se equivocó y contestó a la llamada del Espíritu de la Muerte. Ahora el hombre muere, los animales siguen inmortales.

La Etnoliteratura y La Narrativa Latinoamericana

Todas las imágenes anteriores fueron tomadas de la mitología indígena americana (azteca, maya-quiché, muisca, guaraní, quechua, tzeltal, warrau, siona, kogi, etc.). Son estas apenas una breve muestra de lo que nos ofrece la vasta y compleja literatura oral mitológica de América.

¿Cómo se enlaza la mitología indígena con la literatura latinoamericana “escrita”? Parecería tal vez no tener ninguna relación. Son indudablemente muy distantes, la una de la otra.

Los mitos son orales. La novela, escrita. Los mitos son anónimos. Las novelas llevan Firma de autor. Los mitos son transmitidos oralmente de generación en generación mediante una enseñanza tradicional mnemotécnica. Las novelas son textos publicados.

Los mitos se reiteran presentándose oralmente en comunidad. Son, en ese sentido, colectivos. Las novelas se producen como acto creativo individual y además su lectura generalmente es un acto individual también. Los mitos pueden a lo largo de años, sufrir cambios, modificaciones, transformaciones, debido a cambios culturales, sincretismos, o incluso por olvido de las nuevas generaciones. El texto de la novela, en cambio, es fijo.

En su cultura propia los mitos son aceptados como revelaciones y tradiciones sagradas. La novela para el mundo moderno es un producto de consumo, es una ficción artística, y es una invitación a compartir un mundo ficticio, más no una realidad sagrada.

La novela puede ser distracción, o puede ser también objeto de estudio por parte de la crítica literaria o por la investigación literaria; puede ser objeto de análisis.

Los mitos, en cambio, no son analizados (por lo menos no en el mismo sentido) por los miembros de su cultura. Sus símbolos y sistemas de símbolos se asumen culturalmente.

Con sólo este recuento parecería que no existieran puntos de contacto entre las literaturas indígenas y las escritas, sino, más bien, diferencias abismales. Sin embargo sí existen algunas relaciones; sólo las tenemos que investigar, sondear.

¿De qué manera, entonces, podrían relacionarse dos vertientes tan supremamente diferentes como son las literaturas orales de los grupos indígenas, y la literatura latinoamericana de tradición escrita (occidentalizada y europeizante)? ¿Cómo y dónde pueden encontrarse lo autóctono de América indígena y lo autóctono de África? ¿Dónde puede coincidir lo indígena con lo europeo? ¿Lo de América del Norte y lo de América del Sur? ¿Lo oral y lo escrito?

Las culturas indígenas originales de las dos Américas fueron conquistadas, arrasadas, subyugadas, asimiladas.

Se convirtieron, a lo largo de quinientos años, en culturas marginadas, culturas olvidadas, culturas condenadas. Sin embargo, y a veces aunque no lo reconozcamos, su influencia perdura, su voz pervive, y su Visión matiza, amplía, comenta y critica nuestro mundo occidental y moderno. Y lo sobrevive.

Por otra parte las culturas indígenas han logrado, de diversas maneras, mantener vivas sus tradiciones. Estas culturas nunca han dudado de su validez. Sólo cuando se juzga desde otros parámetros, puede ocurrir el error de considerar que su presencia haya sido poca.

En la crítica literaria se ha trabajado el tema de la imagen del indio, o de la presencia del indio en la narrativa latinoamericana. Dice, por ejemplo, Dessau: “Desde que existe la literatura latinoamericana, los indios, su vida y su historia son uno de sus temas constitutivos y uno de los factores más importantes en la formación de la conciencia nacional de los pueblos latinoamericanos.”

Aunque su comentario fue hecho con el ánimo de valorar positivamente la presencia del indio en la narrativa, comete un grave error desde una posición etnocéntrica. Si bien se trata de encontrar el origen de la literatura latinoamericana con una identidad nacional y política moderna, o con los cronistas de Indias, esta mirada estrecha no es suficiente.

Yo diría más bien que siempre ha existido una literatura extraordinaria en América, porque antes de que los europeos sospecharan de la existencia del continente americano y sus habitantes, los indígenas cultivaban con esmero su literatura, establecida por una larga tradición oral.

Durante mucho tiempo, aún después de la Conquista y los efectos terribles de la Colonia, muchos europeos ignoraban la existencia de la vasta tradición literaria del indígena, o cuando lo alcanzaban a vislumbrar, la descalificaban como idolatría, herejía, inspiración del demonio, o, en el mejor de los casos, como superstición primitiva.

Este etnocentrismo ha sido una de las razones del desconocimiento de la importancia y los alcances de las literaturas indígenas orales.

En términos generales otra razón, u otra parte de la culpa de esta distancia grande entre los dos campos literarios, se deben a la distancia entre las disciplinas que los estudian. Encontramos que los textos llamados “literarios”, desde una perspectiva de la tradición literaria occidental, son tratados y evaluados por la crítica literaria.

Por otra parte, en “otro salón de la casa” la etnoliteratura es recopilada y estudiada por los antropólogos, lingüistas y folcloristas, pero no por los críticos literarios. No voy a criticar ni censurar a ninguno de los dos. Pero sí creo que necesitamos una “antropología de la novela latinoamericana” y una “crítica literaria” de la literatura de tradición oral.

Algunos puntos de convergencia

A pesar de todas las diferencias y distancias sí es posible encontrar algunos puntos de convergencia entre la etnoliteratura y la literatura latinoamericana. En la narrativa latinoamericana tenemos:

Un José María Arguedas, profundamente afectado por y ligado a las tradiciones quechuas. El canto, el mito, la lengua quechua pueblan todos sus textos, y marcan la literatura latinoamericana con otra visión.

Una Rosario Castellanos, influida hasta en la médula por los relatos de su nana tzeltal que la crió, y también por la indeleble presencia de las raíces de la antigua civilización maya en su Chiapas natal.

Un Miguel Ángel Asturias, cuya fascinación por las maravillas mágicas del lenguaje y el simbolismo del Popol Vuh (que él descubre en Francia en los manuscritos traducidos por Georges Raynaud), lo cautivó de tal forma que asumió el texto indígena como suyo, inspirado a través de nuevas traducciones e invenciones propias bajo una perspectiva maya-quiché transformada.

Un Carlos Fuentes, cuya búsqueda incesante del sentido histórico de la identidad mexicana lo llevó a escudriñar el pasado azteca y recrear los mitos autóctonos desde los anales nahuas, con su toque personal de artista e intelectual.

Un Augusto Roa Bastos identificado hasta el fondo con la fluidez del guaraní, la suavidad de sus repeticiones, sus sonidos, mitos y símbolos.

Un Alejo Carpentier, quien también descubrió a América, como Asturias, desde Europa, y quedó cautivado por los cantos rituales secretos del vudú en su práctica criolla, además de los lazos casi perdidos con la religión y mitología africana original.

Un Lautaro Yankas, quien plasma una visión de los mapuches de Chile con narraciones que recogen los rituales chamánicos machitun y ngillatun.

Un Demetrio Aguilera Malta, cuyo retrato novelesco del chamán lo hace pertenecer a una nueva etapa de reconocimiento de los valores tradicionales a través de un género literario dirigido a lectores de formación de Occidente.

Un Manuel Scorza, quien retorna y reformula constante y conscientemente los elementos de la tradición quechua, incluyendo en sus novelas materiales tan diversos como elegías quechuas, mitos de Inkarrí y creencias del manuscrito de Huarochiri.

Un Borges que retorna lo prehispánico de los mundos maya y azteca, y los fusiona literariamente en un cuento, "La escritura de Dios", para ofrecer su visión particular del choque de culturas con la Conquista de América mediante su caracterización del cacique Tzinacán.

Un Vargas Llosa, quien intenta introducir, en la técnica narrativa de la alternancia, la visión mítica de los indígenas machiguengas, mediante la inclusión de discursos míticos.

Un Oscar Cerruto, quien intenta ofrecer una visión moderna y más completa de la problemática de indígenas y mineros en Bolivia, donde las creencias originales del "Tío" de la mina y del simbolismo de los niveles del mundo no pueden desconocerse.

Un Jesús Lara, cuya dedicación tanto a la recopilación y traducción de mitos quechuas y aimarás a la par con su producción artística no puede menos que comenzar a influirse mutuamente.

Algunos “camino” de la etnoliteratura

¿En qué consiste la etnoliteratura? ¿Qué abarca? Una definición amplia del campo de la etnoliteratura nos revela la gran amplitud de sus caminos. ¿Cuáles son algunas de las manifestaciones de la etnoliteratura?: Mitología, Crónica oral (etnohistoria), Leyenda, Cuento oral (tradición o nuevo), Poesía ritual, Canto, Invocaciones, Genealogías orales, Teatro ritual, Adivinanzas, Oratoria, Exhortaciones y enseñanzas tradicionales.

Cada una de estas formas etnoliterarias anónimas, de tradición popular y comunitaria o propiedad de un chamán (creado por él, soñado por él), o creado por un poeta popular o un cuentero reconocido por su comunidad, puede trabajarse como texto de arte verbal. Así, a cualquiera de ellos lo podemos asumir como objeto de estudio, y a través de ese estudio nos podemos acercar a las formas tradicionales etnoliterarias, y apreciar su vitalidad y validez.

La etnoliteratura puede hacerse presente también en la literatura llamada “cultura”, es decir, la literatura escrita y publicada por los autores latinoamericanos. Su presencia, su significación, su relación estructural dentro del otro texto, puede ser también perfectamente objeto de estudio e investigación, relacionándose con la intertextualidad, relacionándose con los fenómenos históricos, culturales y lingüísticos, y relacionándose con la forma particular en que determinado autor vive o visualiza el pasado indígena, la literatura indígena, y la situación actual del indígena (o de cualquier otra cultura popular, la negra, la mestiza, etc.). En este caso, cada texto y su intertexto (o transtexto) serán afectados por exigencias particulares que cada investigación tendrá por objetivo descubrir.

Una tentativa de clasificación

Algunos investigadores han intentado dar una clasificación general (“cronológica” y tipológica) del campo de las literaturas indígenas (que sería una de las manifestaciones de la etnoliteratura, pero no la única). El profesor Juan Adolfo Vásquez ha propuesto la siguiente: 1. Literaturas prehispánicas: incluye códigos, inscripciones y textos jeroglíficos. 2. Las primeras literaturas coloniales indias; con

éstas recibimos una visión indígena de la llegada de los españoles. Algunos ejemplos notables son: Fernando Alvarado Tezozómoc, Juan Bautista Pomar, Fernando del Alva Ixtlilxóchitl, el Inca Garcilaso de la Vega, y Guamán Poma de Ayala. 3. Los cronistas de Indias: sus crónicas ofrecen mucho material sobre formas de vida, creencias y prácticas de los primeros pobladores de América. 4. Literaturas indígenas de la época colonial posterior: entre estos textos, Vázquez incluye *El Popol Vuh*, los *Libros de Chilam Balam*, y *Título de los Señores de Totonicapan* (no obstante, esta clasificación de Vázquez se rige por fecha de transcripción o fecha de “hallazgo”, pero no las fechas probables de su composición y transmisión). 5. Literaturas indígenas modernas: éstas incluyen las tradiciones orales indígenas especialmente de aquellas culturas y organizaciones tribales que tuvieron poco contacto con los europeos durante la Colonia o incluso a veces hasta el mismo Siglo XX, o que lograron mantener su identidad cultural. Sus literaturas han sido recopiladas a través de investigaciones científicas modernas, y ofrecen todo un universo de textos mitológicos, poéticos, rituales, además de leyendas, historias, cantos y proverbios. 6. Las literaturas folclóricas campesinas, indígenas y mestizas: estas literaturas denotan el mestizaje cultural en las distintas regiones de América y su particular sincretismo en el que pueden subyacer elementos e imágenes autóctonos prehispánicos, aunque se fundan con elementos de procedencia europea (o africana). Entre las formas se incluyen cuentos orales, leyendas, historias de santos, relatos de pícaros, coplas, poesía popular, y otras. A diferencia de las “literaturas indígenas modernas” mencionadas en el punto anterior (que naturalmente se componen y se transmiten en lenguas indígenas), las literaturas mestizas generalmente son relatadas en español (o portugués) de estilo popular. 7. La literatura latinoamericana de temática indígena: esta categoría (aunque no “indígena” en sí), ofrece una visión de la temática indígena a través de sus diversas tendencias: el indianismo romántico (básicamente el Siglo XIX), el indigenismo literario y político (en la primera mitad del Siglo XX, pero muy especialmente en las novelas de protesta de los años 30), y del llamado “neoindigenismo”, tal vez mejor

denominado una “nueva visión” que intenta incluir las realidades espirituales del indígena y una visión más completa de la multiplicidad de su experiencia (se da a partir de la década de los 50 como respuesta de algunos escritores a las carencias de los movimientos anteriores).

Con el resumen anterior sólo deseo señalar una de las clasificaciones propuestas, y además la amplitud del campo y de las maneras en que las etnoliteraturas pueden relacionarse con la literatura latinoamericana. A partir de esta síntesis es posible apreciar la complejidad y la riqueza de estas relaciones. Para mayor detalle se recomienda el estudio de Vázquez (1978).

Algunos campos de investigación

Retomando los elementos básicos de esta clasificación del “campo de las literaturas indígenas”, queda evidente que hay muchísimo por hacer en la labor investigativa. Sólo trazaré algunas de las líneas y actividades.

Uno de los campos abiertos para la investigación es precisamente el de la novela latinoamericana (y americana en general) de temática indígena. Esto incluiría, por supuesto, no sólo los enfoques de la crítica literaria actual, sino también la futura “antropología de la novela”. Tomaría en cuenta no sólo la extraordinaria producción narrativa, poética y ensayística de José María Arguedas y Rosario Castellanos (para mí los dos autores más importantes para el área que mencionamos), sino también en otra perspectiva la de Carlos Fuentes, Manuel Scorza y otros.

Implicaría además una necesaria revaloración de otros autores como Asturias, Carpentier, Antonio Médez Bolio, Ermilo Abreu Gómez, Jorge Abalos, Augusto Roa Bastos, Ricardo Pozas Arciniegas, Fernando Rojas González, Lautaro Yankas, Raúl Gonsalvez Botelho, Jesús Lara. Habrá que volver sobre textos indianistas y textos indigenistas como los del brasileño José de Alencar, el ecuatoriano Juan León Mera, la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, la peruana Clorinda Matto de Turner, y otros más conocidos como Alcides Arguedas, Jorge Icaza, Ciro Alegría y César Vallejo.

Otro campo que ofrece un gran tesoro para el estudio es el que conforman los cuentos y relatos orales y tradicionales

recopilados de una fuente como la de un cuentero reconocido por su comunidad, y cuyo repertorio sea amplio y variado. Como ejemplos, para mencionar sólo unos cuantos, tendríamos los “Cuentos Mayas” de Domingo Dzul Poot, los cuentos chilenos del repertorio de doña Dominga Fuentes Norambuena, los cuentos yaquis de Ambrosio A. Castro y muchos otros. Tal vez en el territorio colombiano pensaríamos en la colección hecha por el antropólogo Mauricio Pardo del repertorio de relatos del jaibaná Floresmiro Dogiramá.

Igualmente, las colecciones de mitologías más o menos completas de grupos indígenas están disponibles para los análisis textuales y comparativos, que en general no se han realizado todavía. Muchos volúmenes ofrecen abundantes riquezas literarias: las colecciones de Johannes Wilbert, las recopilaciones de Reichel Dolmatoff, las publicaciones de Hugo Niño, Gerald Weiss, de Civrieux, Carlo Antonio Castro, y muchos más, las antologías de Bendezú, Mercedes de la Garza, León-Portilla, Jesús Lara, Cadogán, Bareiro Saguier, Malotki, para nombrar sólo algunos.

Para el trabajo investigativo, entonces, existen, entre otras, al menos tres posibilidades de trabajar: 1. Tomar como textos de análisis alguna de las colecciones existentes, 2. Realizar un estudio comparativo entre varios grupos culturales, o de un mismo tema o motivo recurrente en varias culturas, y 3. Hacer nuevas recopilaciones de textos no conocidos hasta ahora, o de grupos o regiones poco estudiados o poco conocidos.

Dos textos indígenas han tenido impacto sobre la literatura latinoamericana, y han llegado a penetrar la narrativa latinoamericana de la segunda mitad del Siglo XX. En este sentido otro campo para la investigación consistiría en analizar la influencia que ha tenido la literatura indígena sobre la literatura latinoamericana. En este caso me refiero al Popol Vuh y al Manuscrito de Huarochiri. El primero ha marcado su huella en Miguel Ángel Asturias y en Rosario Castellanos, para nombrar sólo los más conocidos. El segundo ha tenido gran influencia sobre la narrativa de José María Arguedas (su primer traductor del quechua al castellano) y Manuel Scorza. Sin embargo, todavía faltan estudios textuales que examinen a fondo estas intrincadas relaciones.

Por otra parte, algunos antropólogos han ensayado la mano con la escritura de “novelas antropológicas”, cuyos narradores generalmente son los indígenas o mestizos con quienes trabajaban. Esta tendencia la vemos en el bello texto Juan Pérez Jolote de Ricardo Pozas Arciniegas; indudablemente su escritura promueve una “nueva visión”. En otro ejemplo, El hijo de Tecún Umán: un indígena maya relata la historia de su vida, de James D. Sexton, encontramos una situación similar. A través del texto Ignacio Bizarro Ujpán recuenta su autobiografía, revelando una visión indígena de los sucesos de su mundo en contacto con los blancos y con la tradición de los maya Tzutuhil. Tal vez en este grupo podríamos incluir los escritos de Carlos Castañeda y las enseñanzas de Don Juan, el chamán yaqui.

Estas obras son esfuerzos llamativos, admirables, y transforman los límites convencionalmente reconocidos entre los estilos académicos y los géneros literarios, además de traspasar límites entre lo hablado y lo escrito. Su autenticidad permite una visión diferente, interior, de la experiencia del indígena en la sociedad moderna de contacto y cambio, y sus raíces especiales con las tradiciones que sobreviven. Tal vez en este grupo incluiríamos las obras testimoniales de indígenas como la de Rigoberta Menzú, de Vicencio Torres Márquez y otros.